

los Suizos; estas tropas tenían allí su cuartel; en fin, el cuarto correspondía al pabellon Marsan y llevaba este nombre. El pabellon de Flora se comunicaba por una puerta del piso principal de las Tullerías con la extensa galería del Louvre, que sigue el dique del Sena desde este pabellon hasta la columnata. Esta galería está destinada á ser el museo de Francia y á contener las obras maestras de pintura y escultura antiguas ó modernas que los siglos se transmiten como testimonio de su civilizacion y como producto intelectual del genio. Previéndose una invasion del pueblo que hubiera podido escalar el Louvre, se habia cortado el piso interior de esta galería á distancia de sesenta pasos de las Tullerías; esta cortadura hacia la agresion imposible por el primer piso. Un puesto de treinta suizos guardaba noche y dia el espacio comprendido entre la cortadura y el pabellon de Flora.

Tal era la disposicion del punto en que el rey estaba condenado á recibir la batalla del pueblo, sitiado en este palacio sin fosos, sin murallas, sin espacio para ejecutar los movimientos necesarios y sin retirada. Las Tullerías se edificaron ó para reinar ó para morir.

V

Lo inminente del ataque era una cosa cierta para todos los partidos. Petion hacia algunos dias que iba con frecuencia á palacio para conferenciar con los ministros y con el rey mismo sobre los medios de defensa del edificio y de la Constitucion. ¿Iba allí á ejecutar sinceramente los deberes que sus funciones le imponian? ¿Iba á gozarse anticipadamente en las angustias de la familia real y en la impotencia de sus defensores? Su complicidad secreta con los conjurados, sus resentimientos personales contra el rey y sus relaciones con Roland, dejan las conjeturas tan fluctuantes como fluctuante era el carácter de este hombre.

En la tarde del 9 fué Petion á la Asamblea, anunció que la asonada se verificaria aquella noche, y dió por sí mismo la orden á Mr. de Mandat de reforzar las guardias y rechazar la fuerza con la fuerza.

Mr. de Mandat, uno de los tres jefes de division que mandaban por turno la guardia nacional, y que estaba encargado por esta razon del mando de las Tullerías, era un noble de las cercanías de Paris, capitan de las guardias francesas ántes de la revolucion, siendo despues comandante de batallon de la guardia nacional en tiempo de Lafayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto á la Constitucion por sus ideas, y por su corazon al rey, creia cumplir sus deberes de opinion y de soldado defendiendo en Luis XVI al rey de sus abuelos y al jefe legal de la nacion. Hombre valiente, pero de pocos recursos intelectuales, era más propio para morir que para mandar bien; el rey, sin embargo, se fiaba con razon en su afecto. El juéves 9, Mandat dió orden á diez y seis batallones de la guardia nacional para que estuviesen prontos á marchar. A las seis de la tarde se triplicaron todos los puestos de palacio. Hacia dos dias que el regimiento entero de los guardias suizos, compuesto de novecientos hombres, habia llegado, dejando sólo un destacamento de algunos hombres en su cuartel de Courbevoie. Era su jefe Mr. de Maillardoz, y se les habia alojado en el palacio de Brionne y en las caballerizas del pabellon Marsan. A las once se pusieron sobre las armas y se les situó en los puestos avanzados á la salida de todas las avenidas.

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el patio Real, al pié de

la escalera principal, con orden de Mandat para rechazar la fuerza con la fuerza, tal como Petion mismo se la habia dado al comandante general. Paris carecia de tropas de línea, los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaban la 17.^a division militar, en la que Paris está comprendido, no tenían á sus órdenes sino la gendarmería á caballo; la de infantería permanecia en sus cuarteles, á excepcion de ciento cincuenta hombres situados en el palacio de Tolosa para proteger en caso necesario el tesoro real. Treinta hombres de la gendarmería de las cercanías de Paris estaban apostados al pié de la escalera del patio de los Príncipes. La gendarmería á caballo contaba con seiscientos jinetes mandados por Mrs. de Rulhiere y Verdier. A las once de la noche, esta caballería se formó en batalla en el patio del Louvre. Un corto escuadron de gendarmería á caballo llegó del departamento y se situó en el Carrousel. En el patio Real habia cuatro piezas de artillería, delante de la puerta grande, situándose ademas una en el patio de los Suizos, otra en el de los Príncipes, otra en el de Marsan, dos en el puente levadizo, una á la embocadura del puente Real, y dos á la puerta del Picadero; en todo doce piezas. Los artilleros eran voluntarios de la guardia nacional, envanecidos por la superioridad de su arma y poco dóciles á la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional llegaron por destacamentos, con intervalos de una hora; reunidos con trabajo, no formaron en su totalidad sino unos dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaban con los oficiales de estos destacamentos á medida que iban llegando, y les hacian presente que sus soldados, llenos de deferencia por la nacion, seguirian el ejemplo de la guardia nacional, y que no harian ni más ni menos que los ciudadanos de Paris. Los suizos formaron en masa en el vestíbulo; su bandera estaba allí. Sentados en bancos y en los peldaños de la escalera, con los fusiles en las manos, pasaron en un profundo y marcial silencio las primeras horas de la noche. El reflejo de las luces en las armas, el golpe de las culatas que se oia de cuándo en cuándo en el mármol, y el *¿quién vive?* en voz baja de los centinelas, daban al palacio el aspecto de un campo al frente del enemigo. Los uniformes rojos de estos ochocientos suizos, sentados ó tendidos sobre las mesetas, en los escalones y las rampas, presentaban con anticipacion la escalera de los Príncipes como un torrente de sangre. Indiferentes á toda causa política, republicanos prontos á combatir contra la república, estos hombres no tenían más alma que la disciplina ni más opinion que el honor. Iban á morir por su palabra, y no por sus ideas ó por su patria; pero la fidelidad es una virtud por sí misma. Esta indiferencia de los suizos por la causa del rey ó del pueblo hacia su heroísmo no tan santo, pero sí más militar. No tuvieron la abnegacion del patriota, pero sí la del soldado.

A excepcion de estos suizos mandados por los intrépidos oficiales Maillardoz, Bachmann y D'Erlach, las otras tropas esparcidas por los jardines y en los patios, tanto gendarmería como artilleros y guardias nacionales, no presentaban ni número, ni unidad, ni adhesion. El soldado voluntario no conocia á sus oficiales, y el oficial no contaba con sus soldados. El valor era individual como las opiniones, y el espíritu de cuerpo, esta alma de las tropas, les faltaba, reemplazado por el espíritu de partido.

Pero las opiniones, en lugar de ser la fuerza, son el disolvente de los ejércitos; cada uno tenia la suya y trataba de hacerla prevalecer en las controversias que se

armaban, y que con frecuencia paraban en riñas. Estos querían que se anticipase el ataque y que se marchase sobre la casa del ayuntamiento y sobre las principales avenidas de las columnas del pueblo, para dispersar las reuniones ántes que se engrosasen, aquéllos pedían que se fuese á bloquear á los marseleses, aún quietos en su cuartel de los Franciscanos, y que se les desarmase con la artillería para ahogar de este modo el incendio en su principal-foco; el mayor número temía la responsabilidad del día siguiente si disparaban los primeros tiros, y encerrándose en la legalidad estricta como en una fortaleza, querían que se aguardase la agresión del pueblo, y que no se hiciese más que rechazar la fuerza con la fuerza, según la letra de la Constitución. Puritanos de la legalidad, creían que la Constitución se defendería por sí misma.

Algunos se desahogaban en sordas imprecaciones contra el rey, cuyas debilidades traducidas por traiciones habían llevado á la patria al último extremo en el exterior, y á los ciudadanos á unas crisis en el interior, en las cuales, amenazando con sus ademanes á las ventanas del palacio y maldiciendo á una corte *pérfida* que dominaba á un rey bueno pero débil, le achacaban todas las calamidades que pesaban sobre la patria. Los artilleros decían en voz alta que apuntarían sus piezas al palacio ántes de tirar sobre el pueblo. La confusión reinaba en los patios, en los jardines y en los puestos. Los batallones incompletos se situaban y se trasladaban de un punto á otro por capricho; las órdenes de los jefes se cruzaban y se contradecían; ningún pensamiento militar presidía á estos movimientos desordenados; se situaba un batallón aquí ó allá según el capricho ó la ambición de un oficial, se cambiaba de sitio con la misma imprevisión, y compañías enteras se separaban de sus batallones y se marchaban con las culatas vueltas hácia arriba á situarse sobre el Carrousel ó sobre los diques, indecisas hasta el último momento sobre si seguirían en su puesto ó harían causa común con los de fuera.

Cada batallón que llegaba, cambiaba el espíritu en la guardia nacional. Los batallones de los cuarteles del centro, primeros que llegaron y compuestos de ricos vecinos de París, estaban animados del espíritu de Lafayette, cuyos pretorianos habían sido por espacio de tres años. Vencedores en el Campo de Marte, en Vincennes y en veinte motines, despreciaban al populacho y querían vengar á la Constitución y al rey de los ultrajes del 20 de Junio. El batallón del arrabal de San German, abandonado por la nobleza y compuesto sólo de los proletarios de aquel cuartel de la emigración; los batallones de los arrabales, compuestos de jornaleros que contaban más picas que bayonetas en sus filas, y contaminados por las pérfidas insinuaciones que oían continuamente contra el rey, mezcladas de calumnias contra la reina, no comprendían una Constitución que les ordenaba ir á defender el palacio de una corte que les enseñaban todos los días á aborrecer. Reunidos maquinalmente al toque de llamada alrededor de la bandera, entraron en las Tullerías dando las voces de *¡Viva Petion!* y de *¡Viva la nación!* Los batallones fieles respondían á estas voces desde las ventanas con las de *¡Viva el rey!*, y miradas amenazadoras, gestos provocativos y apóstrofes injuriosos se cambiaban á cada momento entre estos cuerpos destinados á combatir en breve por la misma causa. Los artilleros daban la mano á los hombres de las picas, prometiéndoles su inmovilidad ó su apoyo en cuanto se presentase el pueblo. El batallón de las Hijas de Santo Tomás, alarmado con la disposición de los artilleros,

envió cuarenta granaderos escogidos para que vigilaran la salida, situándose al lado de ellos sin que lo notasen, tratando de impedir con esta medida que llevarán las piezas.

VI

Tales eran en el exterior la fuerza, la actitud y las disposiciones morales de los defensores del palacio. Reducidos éstos á cuatro ó cinco mil hombres, algunos adictos, muchos indiferentes y la mayor parte hostiles, mandados por la impresión del momento, su número variaba de hora en hora, según la fidelidad ó la



Escena íntima en casa de Danton la noche del 9 al 10 de Agosto.—Pág. 466.

deserción engrosaba ó disminuía las filas. Fuera de los patios, en las calles inmediatas y en el Carrousel, la multitud curiosa ó irritada llenaba las avenidas del palacio. Los hombres del 20 de Junio, los federados ociosos y errantes por París, los marseleses que la voz de Danton no había reunido aún en los Franciscanos, se agrupaban en todos los postigos y en todas las puertas del lado del jardín, del Puente Real y de los patios, acogiendo con exclamaciones de alegría á los batallones de las picas. «¡Somos vuestros hermanos, y ved ahí al enemigo!—les decían mostrándoles las ventanas del rey.—¡Traed su cabeza y las de su mujer y de sus hijos por bandera en las puntas de las picas!» Los signos de inteligencia y las risotadas respondían á estas imprecaciones.

Las puertas que separaban el patio Real de las Tullerías no estaban cerradas, y la afluencia del pueblo amenazaba sin cesar franquear sus umbrales. Al ver esto, se establecieron dos suizos de centinela á los costados de esta puerta para impedir la entrada; un marseles salió entonces de entre la multitud con el sable desenvai-

nado. «¡Miserables!—dijo éste á los suizos levantando el arma sobre ellos.—Tened presente que ésta es la última guardia que montais. Dentro de pocas horas os vamos á exterminar.» Hombres, muchachos y mujeres, encaramándose los unos sobre los otros, se subieron á los tejados y á las tapias que se extienden entre el Carrousel y los patios del palacio, insultando desde allí á los guardias nacionales y á los suizos. Desde los aposentos del rey se veía aquel hervidero del pueblo, que engrosaba de un momento á otro en los alrededores del palacio.

En el interior de éste, las fuerzas, aunque más homogéneas, no eran más imponentes. Había más resolución, pero no más unidad. Los jefes de los batallones de la guardia nacional de las Hijas de Santo Tomás y de la Cuesta de los Molinos habían traído aquellos hombres que creían más seguros, uniéndose á éstos algunos de los otros batallones voluntariamente, ocupando confusamente los puestos principales, las galerías, las antecámaras del rey, de la reina, de los príncipes y de madama Isabel, en número de setecientos á ochocientos hombres. Estas habitaciones, comprendidas entre la escalera de los Príncipes en el pabellon de Flora y la escalera grande en el pabellon del Reloj, centro del palacio, abrazan un espacio inmenso. Madama Isabel habitaba el pabellon de Flora, y como alhajado para una princesa tan recogida, no se veían en él otros adornos que pájaros, flores y algunas labores de mano. La reina ocupaba los aposentos bajos de la parte del palacio que se extiende desde la escalera de los Príncipes á la grande. En estos aposentos, compuestos de habitaciones casi á nivel del patio y de los jardines, y en aquellos entresuelos, en que se habían hecho varios gabinetes particulares, era donde la reina recibía á los consejeros secretos de la corona; estas piezas se comunicaban con los aposentos del rey por escaleras secretas. El rey ocupaba, inmediato á sus hijos, las grandes habitaciones del primer piso de esta parte del edificio. Estas piezas estaban detras de la galería de los *Carracios*, llamada así por los pintores que la habían decorado; las ventanas daban al jardín y se comunicaban por corredores oscuros y tortuosos.

El rey, apasionado por las costumbres simples y laboriosas del hombre del pueblo, había hecho practicar en estas grandes habitaciones unos cuartitos separados, en donde gustaba retirarse, bien para el estudio, ó bien para sus trabajos de cerrajería. Así como otros genios ansían por la elevación, el suyo, por el contrario, quería rebajarse. En estos cuartos estrechos, en que la vista apenas descubría las copas de los árboles de las Tullerías y de los Campos Eliseos, en medio de sus libros de historia y de viajes, de sus cartas geográficas ó de herramientas de su taller, era donde le gustaba hacerse ilusiones sobre su condición, creyéndose un hombre vulgarmente feliz, rodeado de su mujer, de sus hijos y de los instrumentos de su oficio diario, robando á los cuidados del trono estas horas de tranquila oscuridad. Abdicaba un momento el rango supremo, y se persuadía que el destino le olvidaba, porque él olvidaba al destino.

VII

Toda esta parte del palacio, así como la galería de los *Carracios*, la sala del Consejo, la cámara del Lecho, las salas de los Guardias, el teatro y la capilla, se habían convertido en una plaza de armas llena de fusiles en pabellon, de puestos



MADAMA ISABEL.

militares y de grupos de hombres armados. Los unos, sentados en silencio sobre las banquetas, se dormían con los fusiles entre las piernas; los otros, envueltos en sus capas, se echaban á reposar en los pavimentos de los salones; el mayor número, formando grupos en los huecos de las ventanas y en los balcones de palacio alumbrados por la luna, hablaban en voz baja de los preparativos del ataque y de los riesgos de la noche. De minuto en minuto, Mandat, comandante general, y sus ayudantes pasaban de los jardines y de los patios adonde estaba el rey, y desde aquí á los puestos. Los ministros, los generales Mr. de Boissieu, Mr. de Lachenaye, segundo jefe superior de la guardia nacional é inmediato subordinado de Mandat, D'Ermigny, jefe de la gendarmería, Carl y Guinguerlo, sus tenientes, Roederer, los miembros del parlamento de Paris, los dos oficiales municipales Leroux y Borie, y el mismo Petion, recorrían sin cesar los aposentos; sus fisonomías más ó ménos sombrías ó serenas, segun las noticias que traían al rey, inspiraban la inquietud ó la desconfianza en las salas; algunas palabras dichas al pasar por estos jefes á los comandantes de los puestos, circulaban en seguida de unos á otros. Las horas eran largas como la incertidumbre y agitadas como la esperanza.

VIII

Mientras que estas tropas legales se agrupaban obedeciendo á la ley en torno del jefe constitucional del reino, otros defensores voluntarios, llamados desde el interior de sus provincias ó de sus residencias por los peligros de esta jornada, se estrechaban alrededor del rey para cubrirle con sus cuerpos. Sin otro título que su valor para entrar en palacio, en que su presencia era sospechosa á la guardia nacional, se deslizaban uno á uno sin uniforme, ocultando sus armas y bajando la cabeza como si se avergonzasen de venir á ofrecer su sangre y su vida.

Estos eran los oficiales de la guardia constitucional, recientemente licenciada por decreto de la Asamblea, pero que conservaban sus armas prontas y su juramento en el corazón; algunos realistas jóvenes de Paris, que á la edad en que la generosidad forma la opinion, y prendados de las lágrimas de la reina, de las virtudes de su hermana, de la inocencia de sus hijos y de los suplicios del trono, hallaban glorioso alistarse en el partido de los débiles; Andres Chenier, Champcernetz, Suleau y Richer-Serizy, todos los escritores realistas y constitucionales que dejaban sucesivamente la pluma por la espada y la espada por la pluma. Tambien estaban allí algunos fieles servidores de palacio, unidos á la corte de padres á hijos, para quienes el hogar del rey era su propio hogar. Ancianos llegados de Versalles, de Fontainebleau y Compiègne, á la noticia de los peligros de su dueño, acompañados algunos de sus hijos, educados con los pajes y que apenas tenían fuerza para llevar las armas, pero reconocidas todas estas familias feudales á los beneficios que habian recibido de la corona, se ofrecían todos á su amo sin reservarse ni la vejez ni la juventud, prontos á sacrificarse por el trono á quien todo lo debían. En fin, allí estaban cerca de doscientos nobles de Paris ó de las provincias; la mayor parte valientes oficiales retirados recientemente de sus regimientos, y que no habian querido hacer traicion á su clase marchando contra los emigrados hermanos suyos, ni hacérsela á su patria emigrando, salidos de sus provincias para ofrecer sus brazos al rey, representaban ellos todo lo que quedaba en Francia de aquella nobleza mili-